

cede paso a lo aberrante, en particular cuando se instala en la figura central el delirio solitario y su espíritu resbala incontrolable. Pero lo concerniente a las emociones, este narrador que idea Romero vive aferrado a una serie de fantasías de la excreción cuyo indicio más rotundo es la tenia. Perturbado, sobreestima las cualidades del parásito y observa su evolución como un martirio, pero también como si esa criatura fuese un fruto preciado. La raíz psicogénica de ese delirio se hace evidente desde las primeras páginas de la novela. De hecho, el autor nos comunica, por boca de su personaje principal, el alucinante placer de la reclusión en un entorno de podredumbre, cuyo fermento continuo identifica el drama íntimo que consume por fuera y por dentro al protagonista, sometido a la inestabilidad de su cuerpo y, aún peor, a las fluctuaciones de su demencia.

Las más notables cualidades de esta novela tienen que ver con su coherente y eficaz modo de exteriorizar el desahogo de un ser atormentado, furtivo, pero por encima de todo con la construcción de una atmósfera extraña y cautivante. Con estos *Signos de descomposición*, Romero prueba ser un narrador de calidad, a quien habrá que seguir con interés en sus futuras creaciones.

**Si un hombre vivo te hace llorar,** Clara Obligado, Planeta, Barcelona, 1998, 300 pp.

Clara Obligado (Buenos Aires, 1950), en esta su más reciente novela, remueve conflictos humanos como la seducción, los amores imaginados, el deseo y el autoengaño que nace de la frustración de tal deseo. La escritora busca el fondo de pureza humana que retiene una galería de tipos ignorantes de la gran mudanza que va a realizarse en su existir. Con muy positivas dotes de sensibilidad, Obligado inventa un cruce de caminos lleno de sugerencias, a partir del cual va tupiendo los lazos que acercan a los distintos personajes, sobrecojidos en todo momento por el misterio. Entre esas figuras, tres encarnan con mayor claridad esa melancolía sensual que recorre toda la novela. Como si escapase a la luz desde las tinieblas de un subterráneo, Tivi, una adolescente negra que habita en el vertedero donde agoniza la ciudad, sueña con amar y crecer como Una Dama. Su mejor compañía es David, idealizado por ella, un donante de emociones intensas que anhela un romance imposible. Y entre ambos, Marcos, el desorientado en amores que, por contaminación sentimental, también parece desorientar a David. Figuras secundarias —el niño albino, la prostituta— se mueven en torno de este trío que, pese a lo

intenso de la relación, no delata vanos alardes de sentimentalismo.

El mundo modelado por la autora emerge de un doble naufragio, el de la ciudad bajo sus deyecciones y el de sus habitantes, casi vencidos por la tensión que se establece entre sus anhelos y las construcciones culturales que determinan en diverso grado su evolución en sociedad. Aunque la piedad se esfuerza hacia los naufragos, son ellos quienes, en último caso, parecen inventar un sentido al tejido común de lo humano, a las correlaciones y fidelidades que crecen a partir de la ternura y la compasión.

Se ve en esta sugerente novela cómo Clara Obligado intuye la naturaleza caprichosa del enamoramiento, un proyecto engañoso pero indispensable, para el cual no ha de faltar la credulidad, pues sólo la credulidad facilita el arrobó. Destacan en esa dirección las referencias al modo en que la vida se encauza por situaciones transitorias, como el rechazo o la ilusión derivados del roce con el ser deseado y, por ello, perturbador. No obstante, esa propensión a enfocar el amor como un apetito fundamental se resuelve en una exhortación a la esperanza: «Tú estás llorando por amor: yo conozco muy bien ese llanto. Y te digo una cosa: si un hombre vivo te hace llorar, debes abandonarlo» (p. 295). De sobra es sabido, pero esa confianza, la que proporcionan el olvido y las apetencias renovadas,

posee una lógica vital implacable, y así nos lo hace entender este relato seductor, inmerso en la penumbra de toda acción amorosa.

**Crónicas de un sueño**, Sandra Pérez Lozano, Alfaguara, Madrid, 1998, 324 pp.

Lo que se ofrece al lector en *Crónicas de un sueño* son las reflexiones que ordena en su diario la cubana Sandra Pérez Lozano (Matanzas, 1971), anotadas en momentos significativos de su vida reciente. Ubicada en una ciudad que ama, La Habana, y sometida al prolongado trasiego que supone acompañar durante una gira internacional a su compañero, conocido cantautor, Pérez Lozano consigna en el diario nostalgias, encuentros y decisiones, transmite la pulsión social cubana y, en este abrirse de lo cotidiano ante la página en blanco, descubre también su interioridad, en ocasiones atormentada, inquieta, pero dominada siempre por la ternura con que observa la realidad. Estas crónicas se orientan por ello en una doble dirección que sirve para dividir el libro en dos partes. La primera porta en sí el pensamiento de una joven vitalista, pensamiento comprimido por confidencias a veces triviales, pero que subraya las relaciones de Pérez Lozano con el suelo nutricio que para ella es la cubanía. Hay luego una segunda parte donde

la autora manifiesta sus anhelos de ser madre y el sufrimiento en que estos desembocan. Merced a este dolor, el diario adquiere tonos de autoanálisis. Acto esclarecedor, beneficioso para echar cuentas y superar los inevitables conflictos, ese confesar lo más íntimo emana en ocasiones una opaca fascinación: «Adoro jugar a sufrir con la muerte» (p. 313). Ahora bien, no todo son puntos de sombra, no todo es desaliento. También la escritora toma en este segundo tramo la palabra para comunicar impresiones más aireadas. Porque la suya viene a ser, en el fondo, una declaración de amor. Después de todo, la fidelidad a un sentimiento amoroso y su consecuencia, el temor a la pérdida definitiva, son la fuerza que parece mover, cuando menos de palabra, sus acciones y juicios. No podríamos entender de otro modo esa disposición de ánimo siempre regenerada; las notas de Pérez Lozano nos indican un deseo muy juvenil de reaccionar frente a lo fugitivo, de ahí el afán de fijar por escrito las emociones y también la voluntad procreadora, vinculable a un crucial «empeño de fecundar hijos y caminos para una Cuba mejor» (p. 247). Este modelo de acción cobra mayor significado si atendemos al paulatino acercamiento a la madurez que refleja la segunda mitad del diario, lo que repercute para bien, pues el interés del lector se alimenta en este tramo con el recorrido de dos ejes

temáticos ya de por sí substanciosos, maternidad y superación.

**Vidas para leerlas**, Guillermo Cabrera Infante, Alfaguara, Madrid, 1998, 294 pp.

En el preámbulo, el cubano Guillermo Cabrera Infante (Gibara, 1929) advierte: «Nada querría yo más que mis modestas vidas sean para leerlas, para gozarlas y para evitar, en muchos casos, la aciaga suerte de muchos que vivieron, cortesanos renuentes, y murieron para, por la literatura». Existe en este comentario un matiz de complicidad con los lectores, subrayado con la parodia del título plutarquiano. También esboza el contenido del libro: una colección de historias personales, retrato de presencias identificativas de la vida cultural cubana.

En contraposición con la biografía curricular, el autor se complace en la narración ingeniosa, interpretativa, para introducirnos en episodios vitales de gran atractivo literario, sean o no escritores los protagonistas. Y el efecto conserva la verosimilitud, aunque no convenga refutar aquí la conocida exageración de Shaw, cuando afirmaba que al leer una biografía debiera recordarse que la verdad no se presta nunca a ser publicada. No hay que olvidar tampoco el modo en que *Vidas para leerlas* describe el clima intelectual cubano desde la forma

de ver de su autor, guiada por convicciones muy arraigadas.

Cabrera Infante nos habla de las trayectorias vitales con una formidable amenidad. Y agrupa los pequeños hechos, la menudencia feliz. Le divierte, como biógrafo forzado a la brevedad, desgranar un selectivo repertorio de anécdotas donde se revela como un maestro en graduar elogios y reproches. Con ese acento variado, facilita la evocación y sus palabras llevan hasta los lectores la existencia de José Lezama Lima, Virgilio Piñera, Calvert Casey, Lydia Cabrera, Enrique Labrador Ruiz, Carlos Montenegro, Lino Novás Calvo, Nicolás Guillén, Alejo Carpentier, Antonio Ortega, Néstor Almendros, Reinaldo Arenas, Severo Sarduy, Federico García Lorca, José Raúl Capablanca... Y al conjuro de los nombres, también regresa entre líneas el pasado del autor: un pasado descrito a pinceladas por quien estuvo en compañía de los biografiados y desea engastar la experiencia personal en la narración de la ajena. De ahí que, al biografiar, interprete, opine y descubra las posibilidades lúdicas de construir literariamente vidas como éstas. Por todo ello, es sobremanera atrayente su colección de semblanzas, este acervo copioso de acuerdos, tanto por las propiedades formales de la narración como por su estilo, expresivo y fluyente.

**Guzmán Urrero Peña**

**El Karina**, Germán Castro Caycedo, Planeta, Barcelona, 1998, 278 pp.

En unos momentos en los que parece que la paz en Colombia está cada vez más cerca, la obra de Castro Caycedo evidencia algunos de los aspectos que generalmente se encuentran en el trasfondo de los temas tratados en las mesas de negociación y que difícilmente tienen capacidad para acceder a la luz pública.

En un país en el que, desde sus primeras andaduras independientes, el recurso a la violencia parece haberse vuelto una forma habitual de relación entre los diferentes grupos de poder y la sociedad, la cuestión de la paz resulta medular si queremos considerar su viabilidad como Estado-Nación en el medio y largo plazo. Parece demostrado que las posibilidades de que los acuerdos de paz se extiendan en el tiempo dependen, en cierta manera, de la capacidad y flexibilidad de las partes implicadas en la negociación a la hora de reubicar a los integrantes de los movimientos armados –guerrilleros y, en menor medida, paramilitares– a la vida civil. No es menos importante que en esas negociaciones se da la suficiente voluntad para articular canales reales de participación política. Generalmente, la cimentación de la paz está mucho más cerca de estas cuestiones que de los profundos cambios estructurales que suelen acom-